

VICENTE IRIZAR ARÓSTEGUI



Por: Valerio Monti

En el segundo auge minero de Real de Catorce, desde 1885 hasta 1905, el personaje que más se distinguió y contribuyó al bienestar de la comarca fue el español Vicente Irizar Aróstegui.

Nació el 9 de marzo de 1834 en Elgoibar, a los 12 años quedó huérfano y a los 14 recibió el grado de bachiller en filosofía. Debido a que los escasos recursos que heredó de sus padres se le habían agotado y no podía seguir costeadando sus estudios, decidió embarcarse para México, donde le ofrecían un puesto en el Mineral de Las Nieves, Zacatecas. A los 16 años y después de 46 días de travesía, desembarcó en el puerto de Tampico. A su paso por San Luis Potosí se contagió de cólera y estuvo a punto de morir. Ya restablecido llegó a Cedral, en donde se quedó a descansar unos días en la casa de don Juan Igueravide, con la intención de recuperar las fuerzas para llegar a su destino final en Zacatecas.

Aquí conoció a don Francisco De la Maza, que se interesó por él y le ofreció trabajar para la Casa Maza, socios de la cual eran los tres hermanos De la Maza: Santos, Francisco y Pedro. Así fue que don Vicente cambió sus planes y el 5 de agosto de 1850, entró de encargado en el escritorio de la

pequeña tienda que tenía don Santos en Catorce, que se dedicaba al comercio de la plata y de toda clase de géneros y bebidas.

En ese mismo año la Casa Maza adquirió la tienda “La Abundancia” y se puso a cargo del establecimiento a don Ventura Gómez, mientras don Vicente se ocupaba de la contabilidad.

En 1856, pasó a ocupar el puesto de encargado de “La Abundancia” con participación de los beneficios producidos; su capacidad, responsabilidad y visión llevaron el negocio a la prosperidad y consintieron a la Casa realizar nuevas e ingentes inversiones.

En 1865, don Santos regresó a España junto a sus dos hijos: Marciala y Gregorio, catorceños de nacimiento. Desde este momento don Francisco quedó a cargo de la Casa Maza.

En 1867, don Vicente tomó la decisión de dejar Real para transferirse a Rioverde a labrar, en sociedad con don Pedro Verástegui, las haciendas de campo de San Diego y del Ojo de Agua del Solano. Su intención era dedicarse a la agricultura en un clima más templado para su esposa doña Amalia Darquileguia, originaria de la calurosa Tampico.

Se despidió en toda armonía de su jefe don Francisco De la Maza, y recién llegado a Rioverde, recibió una carta urgente en la cual se le comunicaba la muerte repentina de don Francisco, que en sus últimas palabras le rogaba de regresar a Real a trabajar para la Casa, ahora como encargado general, ya que era el único que conocía el negocio. Don Vicente, sin pensarlo dos veces, dejó a un lado sus deseos de independencia y de las planicies regresó al nido de águilas, como le gustaba denominar al Real.

En 1871, resolvió que había llegado el momento de regresar a su tierra natal, junto a toda su familia. Así se lo comunicó a don Santos y establecieron, de común acuerdo, como plazo conclusivo de su colaboración el final de 1872.

Ya llegaba la hora de la partida cuando don Vicente recibió una carta desde España, en la cual don Santos le suplicaba quedarse un año más. Anteponiendo los deseos de su jefe a los propios, aceptó la nueva disposición y se preparó a pasar otro año en el Mineral; ya se estaba cumpliendo el nuevo plazo cuando recibió la noticia de la muerte de don Santos, ocurrida en Utrera el día 5 de diciembre de 1873.

Don Vicente había sido albacea de don Francisco y lo era de don Santos, así que a principios de 1874, regresó a España para poner de acuerdo a los herederos. Una vez lograda su tarea retornó a México a recoger sus cosas y, de vuelta a España, en donde se dedicó por un tiempo a la minería en

Elgoibar.

Debido a que la economía del país ibérico estaba deshecha, por estar saliendo de una violenta guerra, muy pronto su capital empezó a reducirse considerablemente y se dio cuenta de no tener ninguna posibilidad de éxito.

Tuvo que aceptar la propuesta de don Gregorio De la Maza, el cual le ofreció de regresar a México con el cargo de gerente general con plenos poderes.

Empezaba así una segunda etapa en su vida.

Ahora tenía la responsabilidad de tomar decisiones y realizar inversiones que se revelaron fundamentales para la grandeza del Real y la riqueza de don Gregorio.

En 1885, con gran atino, compró la mina de Santa Ana, que ya no producía nada por lo mal que había sido explotada. Al cabo de 10 años de trabajos que se necesitaron para la instalación de aparatos de lo más moderno y perfeccionado, únicos en el país, y para abrir nuevas galerías, la mina entró en una bonanza que duró por muchos años. En junio de 1895, concluidas las obras, vino a inaugurarlas el entonces presidente de México: don Porfirio Díaz.

La obra más portentosa que le debemos al gran don Vicente es la construcción del túnel Ogarrío, una tarea que comportó grandes dificultades y una enorme inversión. Después de cuatro años que se necesitaron para su realización, se inauguró el día 2 de abril de 1901. Sin la construcción del afamado túnel, desde el momento en que se acabó el negocio minero, Real hubiera caído en el olvido y abandono total.

Otra gran obra que se realizó bajo su dirección fue la construcción de la Presa de San José, para abastecer de agua a la ciudad de San Luis Potosí, que carecía de tan preciado elemento.

En 1906, regresó esta vez, en modo definitivo a España.

Murió en Utrera el 14 de marzo de 1917 a la edad de 87 años.

Don Vicente Irizar dejó para siempre su huella en el Real. Fue un hombre honrado y trabajador que sirvió incondicionalmente a la Casa Maza y al Real de Catorce.

Es un ejemplo de sacrificio, rectitud y esfuerzo de voluntad y representa plenamente el verdadero espíritu minero de aquellos tiempos, cuando las empresas más difíciles eran llevadas a cabo por medio de esfuerzos descomunales y por la visión de algunos grandes hombres.

Quiero concluir este artículo mencionando, que en la actualidad, el nombre de Vicente Irizar y sus empresas, están siendo olvidados por los mismos catorceños; nadie se interesa en rescatar

la verdadera historia del pueblo y a los personajes que han hecho grande el Real en México y en el mundo.

Para que un país, una ciudad o un pueblo sean grandes, es necesario que su historia sea recordada.

El gran don Vicente se merece una estatua en la plaza principal, para que cada día, los ciudadanos puedan admirar a uno de los más grandes hombres que vivió en el lugar, y los visitantes puedan conocer el retrato de quién dedicó su vida a favor de la grandeza del Real.